

Reflexiones

Padre Nicolás Schwizer

¿Cambia La Iglesia?

El hombre es un ser vivo, se desarrolla. Se enriquece en el trato con los otros, con la experiencia. Y esto que es verdad para cada persona, lo es también para los grupos, organizaciones, movimientos...

¿Y para los cristianos? ¿Y para la Iglesia? ¿No tenemos nada que descubrir, nada que aprender, nada que vivir de nuevo juntos? ¿Todo está fijado, definitivamente clasificado en libros y en leyes inmutables?

Jesucristo nos da la respuesta. Dirigiéndose a sus discípulos les dice: *“Muchas cosas me quedan por deciros, pero no podéis cargar con ellas ahora; el Espíritu de la verdad os guiará hasta la verdad plena; porque recibirá de mí lo que os irá comunicando”*.

Par lo tanto, no todo estaba definitivamente determinado desde el comienzo. Nuestro cristianismo, nuestra Iglesia viva, se mueve, se desarrolla y nace cada día. Además, los cristianos individual y colectivamente no han acabado de encontrar a Jesucristo, de descubrirlo y de vivirlo plenamente.

1. La Iglesia está viva, se desarrolla cambia y nace cada día. La Iglesia crece, por una parte, cuando acoge sin cesar a nuevos discípulos. Y, por otra parte, nace cada día cuando los hombres se reúnen, descubren a Dios en Jesucristo y se comprometen con él para construir el reino en el corazón mismo de la historia humana.

Entonces, puesto que la Iglesia crece, cambia. Felizmente ella está viva y por esto precisamente cambia de “rostro humano” en el tiempo.

Además, la Iglesia cambia porque no vive fuera del mundo. Jesús nos dice que es levadura en la masa. Y es una semilla en la tierra. Toda semilla que enraíza, crece poco a poco y se convierte en árbol, árbol grande, con innumerables ramas, siempre nuevas, siempre inesperadas. Árbol donde todos los pájaros del cielo pueden hacer su nido.

2. Los cristianos, individual y colectivamente no han acabado de encontrar a Jesucristo, de comprenderlo y de vivirlo. Somos incapaces, en el breve periodo de nuestra vida, de comprender a Jesucristo, de contemplar todas sus riquezas y más aun de vivir todos los aspectos. Nuestra alma, nuestra mirada de fe no son ni suficientemente amplias para comprender, como dice san Pablo, lo que es la anchura, la largura, la altura y la profundidad, conocer en fin el amor de Cristo que supera todo entendimiento.

Lo que sucede con el cristiano que descubre poco a poco las riquezas de Cristo y vive cada vez mejor tal o cual aspecto, eso mismo pasa también con los grupos de creyentes. Y pasa con las Iglesias particulares de todos los continentes, llamadas cada una a comprender, vivir, expresar, ciertas riquezas de Cristo que nosotros no captamos con tanta profundidad.

Y lo mismo sucede con la Iglesia universal. Ciertamente, todo ha quedado dicho y hecho, todo ha triunfado en Jesucristo. Es verdad que el depósito de la revelación está todo entero en manos de la Iglesia. Pero ¿quién se atreverá a decir que todo ha sido comprendido y, más aún, vivido?

Entonces, ¿se contradice la Iglesia, o cambia la fe? De ninguna manera, ella no olvida nada, pero guiada por el Espíritu Santo, atenta a las distintas necesidades de los hombres, de los grupos, de los pueblos de su tiempo, ahonda sucesivamente en este o aquel aspecto de la fe, lo valora, y pide al cristiano que lo viva más.

3. En y por la Iglesia el Espíritu Santo nos guía hacia la verdad total. Queridos hermanos, Cristo vive, la Iglesia vive, nadie puede detener su crecimiento. Nadie puede amordazar al Espíritu Santo e impedirle que empuje a los responsables de la Iglesia, a sus teólogos, a sus fieles, a buscar, descubrir, tratar de vivir y celebrar las maravillas que el Señor hizo para nosotros.

Si, creemos que el Espíritu trabaja en nuestra Iglesia al ritmo de la historia. Él “recibe lo que viene de Cristo para comunicárnoslo”, Él “nos guía hacia la verdad plena”.